

## PROBLEMAS DE LA EDUCACION SEXUAL ESTUDIADOS A TRAVES DE UNA ENCUESTA\*

### III. CONCLUSIONES Y ORIENTACIONES

#### A) CONCLUSIONES

Vamos a terminar este trabajo de investigación exponiendo sucintamente las conclusiones más inmediatas y salientes que se desprenden del mismo. Intentaremos también señalar de paso algunas normas prácticas para orientar a padres y educadores y facilitarles, en lo posible, la formación integral de sus hijos y educandos.

Pero antes, y como síntesis de cuanto llevamos dicho, queremos dar un cuadro sinóptico, que nos parece ilustrativo en sumo grado. Se reflejan en él todos los factores que han influido de algún modo en la iniciación sexual de nuestros muchachos, sin tener ya en cuenta si se trata de la *primera iniciación* o de la *iniciación completa*. En él se expresan igualmente las edades en las que han actuado esos diversos agentes a través de todo el período evolutivo. Con esto podremos formarnos una idea bastante exacta de los elementos más influyentes en la iniciación sexual de nuestros niños y de las edades de mayores coeficientes de actividad en esta clase de información.

---

\* Vid. segunda parte en SÍNITE 4 (1963), 309-338.

## CUADRO SINOPTICO DE LAS FUENTES GENERALES

Edades	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	No indican edad .....	Total .....	%
Madre .....					2	1	3	2	4	3	5			6	26	4,9
Madre .....				1	3	4	3	5	7	4	4	2		7	40	7,6
Padres .....																
Sacerdote .....				1	1		4	6	13	17	12	1		8	63	12,0
Secreto .....				1		4	5	4	16	8	3	2		16	59	11,3
Amigos .....	1	1	4	8	17	27	30	41	34	16	6	2		8	195	37,3
Familiar .....						2	5	1	5			1		4	18	3,4
Triados-as .....	1					1	1	1						2	6	1,1
Conversaciones .....				1		2		2	3					3	11	2,1
Reflexión-intuición .....				1		1	2	2	3	3				3	15	2,8
Oraciones-Fórmulas dog.																
Acoplamiento de anim.				1		1									2	0,3
Profesor religioso .....					1	1	3	4	9	6	2			4	30	5,7
Profesor en clase .....							1	2	1	1	2	1		4	12	2,2
Libros de texto .....									1		1				2	0,3
Libros de consulta .....										1					1	0,1
Libros formativos .....										1	1		1	3	6	1,1
Encuestas de 5.º .....										3	4			4	11	2,1
Ejercicios Espirituales ...								1	1	1				1	4	0,7
Novia de un hermano ...									1						1	0,1
Profesor part. invertido.						1									1	0,1
Cine-Películas inmorales.																
Mujeres embarazadas ...																
Varias fuentes a la vez.																
Lo señalan fuentes .....						2	2	2	4	8	1				19	3,6
<b>Totales</b> .....	2	1	4	14	24	47	59	74	101	72	42	8	1	73	522	
<b>%</b> .....	0,3	0,1	0,7	2,6	4,6	9	11,3	14,1	19,3	13,7	8	1,5	0,1	13,9		

## ¿Aman auténticamente los padres a sus hijos?

Partamos del principio de que también en el caso de lo sexual deben ser los padres los primeros educadores de sus hijos, precisamente por ser padres. En efecto, el fin primario del matrimonio es la *procreación* y la *educación* de los hijos. Tanto es así, que en el caso de no disponer de medios para asegurar convenientemente la segunda, podría resultar hasta gravemente ilícito provocar la primera. Por educación se ha de entender aquí la formación integral, que no descuida ningún aspecto de la personalidad total del edu-

(\*) NOTA.—El cuadro de la derecha es una síntesis de los resultados de varias ciudades incluido Madrid. El de la izquierda corresponde exclusivamente a los datos suministrados por los adolescentes de la capital de España.

## DE INFORMACION SEXUAL CON LAS RESPECTIVAS EDADES (\*)

%	Total .....	No indican edad .....	Edades														
			18	17	16	15	14	13	12	11	10	9	8	7	6		5
3,2	53	9			2	6	7	10	5	7	3	3		1			Padre.
7,2	93	12			3	9	13	15	13	8	7	8	1	2	2		Madre.
0,1	2	1							1								Padres.
15,2	252	18	2	14	41	57	54	38	12	7	4	1		2			Sacerdote.
9,1	150	32	1	1	4	9	19	36	19	12	11	2	3	1			Secreto.
42,4	701	19		1	7	17	59	99	127	96	98	67	59	31	13	8	Amigos.
2,1	36	5				1	3	8	4	8	2	1	1	1			Familiar.
1,4	24	4					2	3	2	2	3	3	1	1	2	1	Criados-as.
3,1	51	9				1	5	9	8	4	7	3	3	2			Conversaciones.
2,0	34	9	1				4	5	3	3	2	3	3			1	Reflexión-intuición
0,3	5	2							2								Orac.-Fórm. dogm
0,7	12	6									1		1	1	2	1	Acoplam. de an
3,1	51	6			1	9	9	14	6	4	1	1					Profesor religioso
2,9	48	9			3	10	13	5	6	1	1						Profesor en clase
0,6	10	3				2	1	2	1	1							Libros de texto.
0,5	9					2	4	2		1							Libros de consult
1,3	22	5	1	3	4	4	4	4	1								Libros formativo
0,9	15	5			1	5	3	1									Ciencias de 5.º
0,4	8	1					3	3	1								Ejercicios espirit.
0,06	1								1								Novia de un her
0,06	1									1							Prof. part. invert
0,1	2	2															Cine-Películas in
0,06	1	1															Mujeres embaraz
0,3	6	3					1	1	1								Varias fuentes
3,6	61				7	5	15	9	8	6	5	1	5				No señalan fuer
1.648	161	4	5	47	123	220	278	247	165	149	96	79	40	23	11		Totales.
		9,7	0,2	0,3	2,8	7,4	13,3	16,8	14,9	9,9	9	5,8	4,7	2,4	1,3	0,6	%

cando. Se extiende también, por consiguiente, al campo de lo sexual.

Sentadas esas bases, la primera pregunta que surge como espontánea al considerar los resultados generales de la encuesta es ésta: *¿Aman auténticamente los padres a sus hijos en el actual estado de cosas?*

Uno de los muchachos encuestados, después de señalar a los progenitores como las personas más indicadas para dar la iniciación sexual, añade: «Todo hombre debe amar a su prójimo, y ésta es una manera de amarle» (16, 6). Afirmación grave y exactísima a la vez, que debería hacer pensar seriamente a los responsables más inmediatos de los niños y adolescentes, los padres.

Esta es, me parece, la primera conclusión que se desprende del presente estudio: en el fondo, los padres no aman rectamente a sus

hijos. Dígalo si no ese 93,5 por 100 de progenitores que por falso pudor, injustificado temor, o alegando falta de preparación, han dejado el tesoro más preciado de sus hijos, la inocencia, en manos, muchas veces, de auténticos salteadores de almas. No vale decir que se da un porcentaje consolador de casos (12,1 por 100) en los que la inhibición de los padres se suple ventajosamente por la acción del sacerdote o del educador. Habría que saber primero si la oportuna intervención de estos últimos ha sido intencionadamente provocada por los padres o meramente casual. En el primer caso, aquel alarmante 93,5 por 100 quedaría reducido a un 81,4 por 100, que juzgamos todavía excesivamente elevado y acusador. Mas por el modo de expresarse los muchachos consultados, parece que la iniciación procedente del sacerdote y profesor es ajena, en la mayoría de los casos, a una indicación paterna. Así, por lo que a los padres se refiere, un abrumador porcentaje de muchachos queda expuesto a las influencias más diversas y nefastas del medio.

Creemos que si los padres amasen recta y verdaderamente a sus hijos, sacarían fuerzas de ese amor para derribar el muro de cierto injustificado pudor, vencer el fantasma del temor y adquirir una mínima instrucción. Así lograrían atajar eficazmente el influjo de ese conjunto alarmante de factores nocivos que acosan persistentemente al niño desde edad muy temprana.

#### *Acusación de abandono criminal.*

Mas sigamos consultando las cifras. Por este camino llegaremos a una segunda conclusión, derivada de la anterior. Si, por una parte, los padres no demuestran prácticamente un verdadero amor a los hijos, éstos, a su vez, les acusan de abandono criminal. Y en esta acusación engloban también a sacerdotes y educadores. Vamos a verlo. Fijándonos en las fuentes de la *primera iniciación*, nos encontramos con que los padres sólo intervienen en el 6,5 por 100 de los casos. El sacerdote lo hace en el 9,9 por 100; y el profesor, en el 2,2 por 100. En cuanto a la *iniciación completa*, hay un 6,1 por 100 de intervenciones paternas. Ascenden las del sacerdote, pero sin rebasar el 28,1 por 100. Las del profesor quedan reducidas al 3,6 por 100. O sea, que en el primer caso sólo al 18,6 por 100 de los muchachos les ha venido la información por cauces limpios; y al 37,8 por 100, en el segundo.

Ahora bien, ¿qué es lo que, en realidad, piden los adolescentes? El 40,1 por 100 reclaman la intervención predominante de los padres. El 42,2 por 100 prefieren la del sacerdote. El 13,2 por 100 desearían la del educador o profesor. Es decir, que el 95,5 por 100 de los muchachos que hemos consultado hubiera querido recibir la iniciación de alguna de esas personas.

Si pensamos que al hablar así se están refiriendo, sobre todo, a la *primera iniciación* —completa o incompleta—, que es también la de mayor trascendencia síquica y moral, tendremos que reconocer que se les ha abandonado en el 76,9 por 100 de los casos. Cifra ésta que se yergue tremendamente acusadora y que está exigiendo un cambio urgente y radical en la mentalidad de quienes tienen a su cargo la orientación de la infancia y juventud.

#### *Repulsa unánime y categórica del "amigo".*

Hay otro hecho que se desprende de manera evidente de la encuesta. Se trata de la repulsa unánime y categórica del «amigo» como iniciador.

El «amigo» no sólo es la principal fuente de información sexual del muchacho, sino que se adelanta con mucho a la intervención de padres y educadores. Basta echar una ojeada al cuadro sinóptico que encabeza esta tercera parte para convencerse de ello.

De las once intervenciones que se registran a los cinco años, nueve proceden ya del «amigo», sin que medie aún ninguna de los padres y educadores. A los seis años, frente a las dos intervenciones maternas y a las otras dos del sacerdote, se dan trece del «amigo» y dos de un familiar (primo). Más significativo aún es el caso de los ocho años. Aquí sólo se registra una intervención materna y otra del sacerdote. Por el contrario, contamos con sesenta y siete del «amigo», si a las cincuenta y nueve procedentes directamente de éste añadimos las obtenidas en secreto, de familiares, criados y conversaciones. Es decir, que antes de los nueve años, al lado de las nueve intervenciones de padres o sacerdotes —el profesor está ahora totalmente ausente— nos hallamos con ciento veintinueve del «amigo» o factores equiparables al «amigo». Esto equivale a un 6,5 por 100 de intervenciones de padres y sacerdotes frente a un 93,5 por 100 de «amigos». Esta misma proporción se observa, poco más o menos, hasta los catorce años.

Pues bien, en el momento de decidirse con conocimiento de causa, observamos que sólo el 1,1 por 100 de los muchachos encuestados opta por el «amigo». Pero a condición, además, de que se trate de un «buen» amigo, es decir, que esté capacitado para dar la iniciación sexual con la competencia y limpieza de una persona bien formada. En este caso no habría inconveniente alguno en que actuase como iniciador. Incluso podría desempeñar dicho papel con igual o mayor solvencia que los propios padres. He aquí, por lo demás, un ejemplo que lo confirma. Escribe un adolescente:

«Yo he explicado todo esto a una niña de trece años, con el consentimiento de su madre, porque decía que ella me veía a mí más capacitado para explicárselo que ella misma» (16, 10).

Hay que reconocer que se trata de un caso verdaderamente extraordinario que está muy lejos de ser lo general. De ahí que los muchachos rechacen de plano al «amigo» y que, por boca de las cifras, vuelvan a acusarnos muda, pero elocuentemente, de haber tolerado que les llegase la información sexual a través de los medios menos aptos para dársela recta y honestamente.

#### *La crisis de los doce, trece y catorce años.*

Una nueva ojeada al cuadro general nos revela algo de sumo interés para los encargados de velar por la educación de los jóvenes.

Es verdad que a partir de los cinco años empiezan a ejercer su influjo los factores extrafamiliares y extraeducacionales. Lo es igualmente que la curva de este influjo sigue un ritmo sensiblemente ascendente a través de toda la tercera infancia. Sin embargo, los mayores porcentajes se dan entre los doce y los catorce años.

Se trata de un fenómeno que se repite invariablemente en todas las ciudades estudiadas. Esto mismo nos está indicando que, sin descuidar al niño en las edades anteriores, hay que prestar atención particular a estos años. En ellos, el púber es víctima de una desorientación general, consecuencia de la serie de transformaciones morfológicas y fisiológicas que irrumpen súbitamente en su vida sembrando la inquietud y el desconcierto por tratarse de algo completamente nuevo y desconocido.

Por otra parte, es éste también el momento en que se inicia y alcanza su acmé el período autosexual, cuya manifestación más corriente y vulgar es la **masturbación**, favorecida por la **erotización**

del sistema nervioso y la incitación de los agentes exteriores. Ahora más que nunca necesita el muchacho la presencia del educador (padres, sacerdote, profesor) para ayudarle a superar con equilibrio esta crisis de autoerotismo a fuerza de paciencia, comprensión y optimismo, sin olvidar los medios sobrenaturales de la oración y sacramentos.

Rebasados los quince años, cesa prácticamente el problema de la iniciación sexual propiamente dicha. El adolescente, a través de los mil factores que han obrado sobre él, queda enterado de todos los misterios del origen de la vida. A esto mismo contribuyen poderosamente los estudios, cuando, como en nuestro caso, se trata de muchachos que cursan el Bachillerato. Termina entonces en los individuos normales la tendencia autosexual, evolucionando, tras algunas formas más o menos agudas de homosexualismo, hacia la fase heterosexual, en la que se plantean al joven nuevos problemas. El principal suele ser, y a él aluden bastantes, el de las relaciones con el otro sexo. También aquí se acusa en los muchachos una peligrosa desorientación debida, como siempre, a la inhibición culpable de quienes deberían orientarles a su debido tiempo.

#### *Peligrosidad de los criados, criadas y demás servidumbre.*

Al final de la segunda parte de nuestro trabajo hemos recogido dos testimonios elocuentes sobre el influjo nefasto que pueden ejercer en el niño ciertas niñeras carentes de formación y el peligro real que representan para el adolescente algunas muchachas de servicio faltas de escrúpulos y pudor. Ambos testimonios son como un grito de alarma para prevenir posibles catástrofes morales. No deben, pues, desoírle los padres, ya que a ellos toca actuar casi exclusivamente en este caso. Pero no vamos a insistir más en esto<sup>1</sup>.

Queremos fijarnos ahora sólo en el apartado que en el cuadro general va encabezado con el epígrafe *criados y criadas*.

No es que la intervención de este factor goce de excesiva frecuencia. Sólo ha intervenido en el 1,4 por 100 de los casos. ¿Será tal vez porque no todos los encuestados disponen de servidumbre,

---

<sup>1</sup> Para ser completos y justos habrá que recordar aquí que la peligrosidad de dichas personas debe ser entendida en sentido activo y pasivo. La provocación puede partir de ellas, y es a lo que parecen aludir los comunicantes. Se dan también casos en los que la incitación parte del adolescente que busca con quien satisfacer su pasión.

en particular de servidumbre masculina? Bien pudiera suceder, en cuyo caso ese reducido porcentaje sería altamente significativo.

Pero una cosa es verdad, y llama la atención en las declaraciones de los consultados. El criado o la criada que se adelanta a revelar al muchacho los misterios del origen de la vida se conquista *ipso facto* la confianza cuando no el agradecimiento de éste. En adelante acudirá a ellos en busca de aclaraciones siempre que surjan nuevos problemas o dificultades, y aceptará, como dogmas de fe, las enseñanzas que le vengan de esta parte fundado y fiado en la mayor edad, experiencia y conocimientos de sus improvisados y, en la mayoría de los casos, inexpertos mentores.

No puedo por menos de consignar aquí el disgusto y la pena que me han causado algunas declaraciones en este sentido. Pienso ahora, en particular, en el adolescente que, iniciado por un pastor de su casa, le queda profundamente agradecido por haberle enseñado una verdad que él desconocía y que sus padres nunca se atrevieron a revelar. Cabe preguntarse: ¿No hubiera sido mil veces preferible que este muchacho tuviera que adeudar tal agradecimiento a sus progenitores?

*¿Se conservan mucho tiempo inocentes nuestros niños?*

Otra de las conclusiones que parecen desprenderse de la encuesta con bastante nitidez es lo relativamente pronto que el niño pierde la inocencia. Pero esta afirmación, hecha así, exige una explicación.

No sería lícito en ningún momento confundir *ignorancia* con *inocencia*. Puede coexistir el más perfecto conocimiento de los misterios de la vida con la inocencia más angelical. El Evangelio de San Lucas nos da magnífica prueba de ello. Cuando la Santísima Virgen pregunta admirada al ángel cómo podrá concebir y ser madre no conociendo varón, demuestra estar completamente informada en todo lo referente a la paternidad y maternidad, sin que por ello haya sufrido menoscabo alguno su pureza virginal. Eso mismo puede suceder tratándose de nuestros muchachos, cuando han tenido la suerte de ser iniciados a tiempo y honestamente por personas competentes. Tal es el caso de este afortunado adolescente que puede escribir:

«A los ocho años, y gracias a Dios, fui informado del particular (se refiere al origen directo de los niños) por un sacerdote, que me lo explicó de la manera más santa y honesta que existe, esto es, por el Avemaría. (De tu vientre, Jesús)» (15, 11).

Cuando aquí afirmamos que nuestros muchachos pierden la inocencia en edad relativamente temprana, entendemos dos cosas. En primer término, dando a esta expresión el sentido que tiene en el lenguaje corriente, queremos decir que los niños sienten una curiosidad precoz por conocer su verdadero origen y que se enteran pronto del mismo, debido, sobre todo, al influjo de factores ambientales, en particular, a la indiscreción de los compañeros mayores.

Pero con esa misma afirmación nos referimos a otro hecho mucho más inquietante. Hoy por hoy, la iniciación se hace en la mayoría de los casos de manera tan brusca, callejera y brutal, que no deja de causar las más de las veces un impacto nefasto en el alma infantil acompañado del pecado, al menos del pecado material. El caso citado anteriormente es bien aleccionador. Después de aquella consoladora declaración, el mismo adolescente añade con tristeza:

«... pero la función del padre en dicha procedencia me fue enseñada asquerosamente... por un amigo (si es que a esto se le puede llamar amigo). Gracias a Dios que luego lo supe honestamente por el sacerdote que me enseñó lo primero.»

Pero, añadimos nosotros, el mal estaba ya hecho. ¡Cuánto mejor hubiera sido cambiar el orden de los factores, de manera a contrarrestar los efectos de la intervención del amigo por la oportuna y previa actuación del sacerdote!

Este caso, y mil otros que a diario se presentan, deben hacernos abrir los ojos. Si sería peligroso llegar demasiado pronto, lo es mucho más actuar excesivamente tarde, cuando las cosas no tengan ya remedio.

## B) ORIENTACIONES PRÁCTICAS

Las orientaciones que vamos a dar serán forzosamente de tipo general. No podemos entrar en pormenores. Para obviar esta deficiencia impuesta por las condiciones y los límites del trabajo, señalamos al final del mismo algunas de las obras que se han escrito sobre esta materia. En ellas podrá encontrar el lector interesado lo que eche de menos aquí.

Sólo nos proponemos responder muy someramente a las tres preguntas siguientes: quién ha de dar la iniciación sexual, cuándo ha de comenzarse y cómo conviene realizarlo.

En nuestro artículo anterior hemos contestado, en parte, a estas preguntas por boca de los adolescentes consultados. Ahora vamos a expresar nuestra opinión personal, la cual podrá coincidir o no con la que allí emitieron los muchachos.

### *¿Quién ha de dar la iniciación sexual?*

Afirmamos sin ambages que la misión de dar a los hijos una recta y cristiana iniciación sexual corresponde a los padres en primerísimo lugar. Como certeramente afirma un muchacho, es para ellos «una responsabilidad grave e ineludible» (16,10). La procreación y la educación de los hijos es el fin primario del matrimonio. Y ya hemos dicho que informar e ilustrar debidamente a los niños en estas cuestiones es un aspecto de la educación integral a la que tienen derecho y debe dárseles.

Mas la cosa no es tan simple como aparece a la luz de los principios. De hecho, son muy pocos los padres que, hoy por hoy, cumplen con éste deber. Algunos, y esto acontece sobre todo en la clase obrera, consideran tabú todo lo relacionado con la sexualidad. Son éstos, temas de los que no deben hablar nunca a sus hijos. Y están plenamente convencidos de ello.

Si pasamos a los representantes de la clase media, nos encontramos con muchos que opinan del mismo modo. Otros reconocen que se debería hablar, pero lo consideran misión del sacerdote o del educador. No faltan quienes, aun creyéndolo incumbencia suya, no se deciden a intervenir por pudor, temor o falta de preparación para hacerlo. Existe, finalmente, un reducido número que cumplen personalmente con esta obligación, aunque para ello tengan que soportar cierta repugnancia natural, al menos en los comienzos<sup>2</sup>.

Dado el actual estado de cosas, es absolutamente necesario inmunizar al niño, ya desde pequeñito, contra el virus de la información callejera y malsana. Para ello hay que ir dándole nociones exactas, aunque siempre acomodadas a su capacidad, sobre los misterios del origen de la vida, los cuales —como hemos visto— em-

---

<sup>2</sup> A estas conclusiones, que parecerán un tanto apriorísticas, hemos llegado tras el examen de las respuestas al cuestionario sobre iniciación sexual de los hijos dirigido exclusivamente a padres de familia.

piezan a excitar pronto su curiosidad. ¿Y quiénes sino los padres podrán realizarlo? Además de corresponderles por derecho natural, son casi las únicas personas con las que convive el pequeño en este estadio del desarrollo, y en las que, por ahora, confía plenamente. Si falla la acción de éstos, es de temer que se llegue tarde y que la iniciación quede viciada desde un principio.

En este período inicial, que tendrá por objeto lo que hemos llamado *primera iniciación*, es la madre principalmente la encargada de contestar a las preguntas del niño y de revelarle poco a poco su maravilloso origen. Más adelante, cuando se trate de la *iniciación completa*, la tarea corresponderá a ambos progenitores por igual. El padre tomará a su cargo la iniciación de los hijos, y la madre, la de las hijas. Esta manera de proceder es la más natural y conforme con la sicología y fisiología de los sexos.

Esto supuesto, la intervención del sacerdote y del educador tendrá carácter subsidiario. Es decir, vendrá a suplir la inhibición total o parcial de los padres. En todo caso, no se debe descargar fácilmente de esta obligación a los progenitores. Sólo cuando éstos se muestren completamente reacios o incompetentes, podrán y deberán intervenir en su lugar los educadores, pues sería criminal abandonar al muchacho a su propia suerte dejándole a merced del deletéreo influjo ambiental. Pero, incluso en tales circunstancias, hay que actuar con el conocimiento y consentimiento de los padres, extremos que el muchacho debe conocer.

En ocasiones, podría delegarse esta misión en una persona de plena confianza por su solvencia moral y religiosa, a quien el niño o el adolescente conozca y aprecie. Pero esto, como un mal menor. El ideal será siempre la iniciación realizada por los propios padres.

Otras soluciones, como la intervención de un médico, en cuanto médico, parecen menos acertadas. La declaración y aclaración de estas verdades deben realizarse siempre en una atmósfera de intimidad, ternura y amor tales, que sólo pueden crearla quienes son padres por naturaleza o ejercen sobre el muchacho una paternidad espiritual.

#### *¿Cuándo comenzar la iniciación sexual?*

Todo parece aconsejar que se comience la iniciación sexual lo antes posible. Sin embargo, habrá que distinguir dos casos. El de

los niños que formulan muy temprano preguntas de esta índole y el de los que, al menos en su comportamiento exterior, parecen totalmente despreocupados de estas cuestiones.

Tratándose de los primeros, ellos mismos nos proporcionan la respuesta. Tan pronto como pregunten, a los cinco o seis años, y antes si llegare el caso, hay que contestarles, y siempre con la verdad, aunque una verdad adaptada a su capacidad del momento. Después, es cuestión de continuar. Si el niño sigue preguntando, la cosa se facilita por sí sola. Se le irá contestando con sinceridad. Este modo de proceder de los padres engendrará en el muchacho una confianza cada vez más firme en ellos, lo que le impulsará a confiarles todas sus dudas, que se resolverán con la misma franqueza, sencillez y naturalidad.

Cuando el niño no plantee este tipo de preguntas, bien porque realmente no le preocupen, bien por cierto temor inconsciente a formularlas, lo que también puede suceder, debe llegar necesariamente un momento en que los padres aborden directamente la cuestión. En los medios en que el niño vive sus primeros años en un ambiente moral sano y preservado, creemos que ha llegado ese momento cuando el pequeño se dispone a ingresar en la escuela, a la edad de seis años. Se pone entonces el niño en contacto directo con otros compañeros y hace las primeras experiencias de la vida en grupo, que le encantan y hasta llegan a obsesionarle. En el grupo oirá toda clase de conversaciones, entre las que surgirán necesariamente, en un momento u otro, las relacionadas con el origen de los niños. Si hasta entonces no le han preocupado estos temas, pueden ahora acuciar más o menos morbosamente su curiosidad. Es, pues, pedagógica y moralmente necesario preparar al niño para hacerles frente. Por eso creemos que la iniciación sexual, en la forma de *primera iniciación*, debe empezar, a lo más tardar, en el momento del ingreso del niño en la escuela primaria.

### *¿Cómo realizar la iniciación sexual?*

Tal vez sea ésta la pregunta más delicada de contestar y la que, por otra parte, interesa más a padres y educadores. Sin embargo, no vamos a detenernos aquí a dar recetas, por la sencilla razón de que no podemos pensar en una iniciación sexual prefabricada, como tampoco existen en educación fórmulas preparadas de antemano. En este campo no queda más que una solución: esforzarse por estu-

diar el problema en función de *cada* niño para proponerle, habida cuenta de su capacidad de comprensión, una explicación a su medida. Por eso mismo, nos limitaremos a señalar algunos principios muy generales, remitiendo al lector a los libros especializados para los casos particulares.

Mirando primero a la persona iniciadora, lo más indispensable es que posea un mínimo de preparación. Precisamente la falta de dicha preparación es uno de los principales argumentos en que se escudan los padres para justificar su lamentable inhibición. Parece, pues, obvio exigir a los futuros padres un determinado número de conocimientos sobre estas materias. A ello se llegará mediante cursillos prematrimoniales, en los que, junto a otras cuestiones, se tratarían también éstas. Mientras no se llegue a eso, el problema de la iniciación sexual seguirá siendo insoluble, y nuestros muchachos quedarán, como hasta ahora, a merced de las circunstancias en un punto que «no constituye solamente uno de los aspectos de la educación, sino que condiciona, en fin de cuentas, el éxito o fracaso de la misma»<sup>3</sup>.

Para subsanar esta falta real de preparación de los actuales padres, en las escuelas, colegios y catequesis podrían celebrarse reuniones periódicas con ellos. Dichas reuniones, presididas siempre por un educador responsable y especializado, agruparían un número reducido de personas. Para esto, lo mejor sería celebrarlas por cursos o grados. Así se darían orientaciones más directamente adaptadas a las necesidades propias de los niños según sus respectivas edades. Podría ser también ése el momento en que los padres tímidos que no se sintieran con fuerzas, por lo que fuere, para actuar ante sus hijos, delegasen esta misión en la persona del sacerdote o educador.

Esto supuesto, el principio más trascendental que se debe tener presente en todo momento, y contra el cual nunca es lícito actuar, es el siguiente: Al niño hay que decirle siempre la verdad. No se quiere decir con esto que haya que revelarle de un golpe *toda* la verdad, sino la que baste en cada momento para saciar su curiosidad. Se trata, pues, de una verdad dosificada.

Se debe desterrar, pues, de la iniciación sexual del niño la mentira, es decir, las patrañas y fábulas tan socorridas como de mal gusto que, si bien sirven para sacar de apuros en no pocas ocasiones

---

<sup>3</sup> Fabienne VAN ROY: *L'initiation sexuelle de nos enfants*, Casterman, 1963, pág. 10.

a los progenitores timoratos, producen efectos desastrosos desde el punto de vista educativo y de las relaciones paternofiliales. Hemos visto en su lugar cómo se alzan indignados los adolescentes contra semejantes abusos de la credulidad de los tiernos años.

Por otra parte, es ya hora de dar al muchacho una noción exacta del propio cuerpo y de cada una de sus partes y órganos. Esto está exigiendo una revisión del vocabulario empleado para denominar dichas partes y órganos. Es erróneo y antieducativo presentar al niño como malas o deshonestas determinadas regiones del cuerpo. Por ese camino no se consigue nada. Resulta mucho más positivo y eficaz hacerle ver cómo todo en él ha sido creado por Dios y tiene una misión noble y buena. Sólo así se proporcionará al niño una visión cristiana y exultante de la realidad del cuerpo humano, compañero del alma en este mundo y destinado a vivir eternamente feliz unido a ella después de la resurrección. De ahí, al respeto religioso del propio cuerpo sólo hay un paso<sup>4</sup>.

En este mismo orden de ideas, es necesario que el niño conozca el nombre propio de sus órganos genitales. ¡Cuántos jóvenes no sabrían expresarse sobre el particular obligados a hacerlo, por ejemplo, delante de un médico! Con la misma naturalidad con que se designan los ojos o la boca, deberían nombrarse el pene y los testículos, pongamos por caso, palabras que muy probablemente no ha oído nunca el niño. Pero de algún modo tiene que llamar a esas partes, cuyo nombre no le han enseñado. Entonces se ve obligado a acudir a la «picardía», a las expresiones groseras, a las palabras equívocas que se transmiten como secretos de boca en boca y se susurran a media voz con un sentimiento más o menos consciente de culpabilidad y pecado.

Refiriéndonos ya más directamente al problema del origen de la vida, la iniciación ha de ser progresiva y debe hacerse en privado. Tan pronto como el niño interroga, y si no interroga, en un momento determinado, como dejamos dicho, hay que darle a entender que los niños son un don de Dios a los padres que se aman. Es esencial que el muchacho vaya asociando desde un principio la idea del padre y de la madre al origen de la vida. Dios da los niños a los padres, pero se desarrollan desde pequeñitos como una semilla en el vientre de la madre. Recordemos aquí el modo maravillosamente

---

<sup>4</sup> Con todo, no podemos olvidar que hay pecado original y «ley del pecado» en nuestros miembros, realidades que están exigiendo el pudor, además del religioso respeto.

limpio de explicar este origen a partir de las palabras del Avemaría: «Y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.»

Cuando se ha ido acostumbrando al niño a hacer intervenir al padre y a la madre en el origen de la vida, aunque durante mucho tiempo ni sospeche ni se preocupe lo más mínimo por el papel efectivo del primero, resultará relativamente fácil, llegado el momento, hablarle de la parte que le corresponde al padre en la procreación.

Cuestión interesante es saber en qué momento habrá que descubrir al niño de manera más directa la misión específica del padre. La respuesta no puede ser categórica. Depende de mil factores y circunstancias. Nosotros, apoyándonos en los resultados de la encuesta que venimos estudiando, aconsejaríamos que se iniciasen estas declaraciones a partir de los diez años si no se quiere llegar demasiado tarde. La realidad nos dice que entre los diez y los doce años se informa de la función del padre un buen porcentaje de muchachos. Y sabemos, además, que no siempre, por desgracia, lo consiguen de manera conveniente y limpia.

Precisamente ahora, al llegar a los doce años, con la aparición de la pubertad, experimenta el muchacho un conjunto de sensaciones y fenómenos de carácter sexual completamente desconocidos para él. Es un deber ilustrarle a tiempo sobre estos fenómenos y su significado. La erección y la eyaculación, por ejemplo (las reglas en las muchachas), han de ser conocidas por los interesados, aun antes de que se produzcan, con el fin de ahorrarles no pocas angustiosas preocupaciones.

Intencionadamente nos hemos centrado, sobre todo, en torno a la cuestión de la *iniciación sexual*. Pero sabemos de sobra que ella sola no resuelve, ni mucho menos, el problema de la pureza en nuestra juventud. Por eso creemos necesario, para terminar, transcribir aquí unas palabras pronunciadas por Pío XII el 18 de septiembre de 1951, en las que pone sobre aviso a los padres de familia franceses:

*"La experiencia de hoy y de siempre atestigua que, en la educación moral, tanto la iniciación como la instrucción es gravemente malsana y perjudicial si no está ligada a una constante disciplina, a un vigoroso dominio de sí mismo y, so-*

*bre todo, al uso de las fuerzas sobrenaturales de la oración y de los sacramentos."*

Carlos ALCALDE GÓMEZ, F.S.C.

## BIBLIOGRAFIA

Traemos aquí el título de algunas obras que pueden ayudar eficazmente a padres y educadores en la delicada, pero necesaria labor de la iniciación sexual de sus hijos y educandos.

Damos solamente los libros recientes y que nos han parecido más orientadores. No citamos obras en lengua extranjera, salvo la de Fabienne VAN ROY, por considerarla particularmente útil para el conocimiento de la mentalidad infantil en lo que a este tema respecta, si bien se trata de estudios realizados entre muchachos y muchachas belgas.

- 1.—ANGEL DEL HOGAR: *La iniciación de los niños a la vida*, Desclée de Brouwer, Bilbao.
- 2.—CRESPO DE ARILLO, Pilar: *¿De dónde vienen los niños?* Folleto de PPC. 1963.
- 3.—BRUCHNER, J.: *¿Cómo dar instrucción a los hijos?* (Para padres y educadores).  
*Un vuelo sin acompañante* (Para muchachos).  
*El velo blanco* (Para muchachas).  
Club de lectores, Rivadavia, 536. Buenos Aires.
- 4.—HOPPELER, Hans: *¿De dónde venimos?*, Editorial V. Suárez, Madrid, 1963.
- 5.—LE MOAL, Paul: *Una auténtica educación sexual*, Marfil, Alcoy, 1963.
- 6.—PAVANETTI, E.: *El problema moral de los hijos*, Editorial Oriens, Madrid, 1960.
- 7.—SCHNEIDER, Friedrich: *Educación católica de la familia*, Editorial Labor, 1951.
- 8.—STAHL, P. J.: *Respuestas a las preguntas de los niños*, Editorial V. Suárez, Madrid, 1963.
- 9.—TILMANN, Klemens, *Educación de la sexualidad*, Herder, Barcelona, 1963.
- 10.—VAN ROY, Fabienne: *L'initiation sexuelle de nos enfants*, Casterman, 1963.
- 11.—KREIN, Daniela: *Hijos sin cigüeña*. (Casos prácticos de educación sexual), Marfil, Alcoy, 1961.